

L'AMAS ARDENT

Yamen Manaï

Ficha técnica	1
Sinopsis.....	2
El autor: Yamen Manaï.....	3
Otras traducciones.....	3
Fragmento traducido.....	4
Fragmento original.....	12
Datos del traductor	20
<i>Foreign rights</i> (agencia Pierre Astier)	20

Ficha técnica

Título:	<i>L'amas ardent.</i>
Autora:	Yamen Manaï.
Año de publicación:	2017.
Idioma original:	Francés.
Editorial:	Éditions Elyzad / J'ai lu
Páginas y tamaño:	233 páginas. 120 x 210 cm.
ISBN:	9789973580924.
Palabras clave:	apicultura, Túnez, geopolítica, integrismo.
Premios obtenidos:	Prix Comar d'Or (2017), Prix des cinq continents de la Francophonie (2017), Grand Prix du roman métis (2017), Prix Maghreb de l'ADELF (2017), Prix Loriantales (2018).

Otras obras:

- *La Marche de l'incertitude* (2010).
- *La Sérénade d'Ibrahim Santos* (2011).
- «Le pape et le barbu», relato en *Nouvelles de Tunisie* (2012).
- *Bel abîme* (2021).

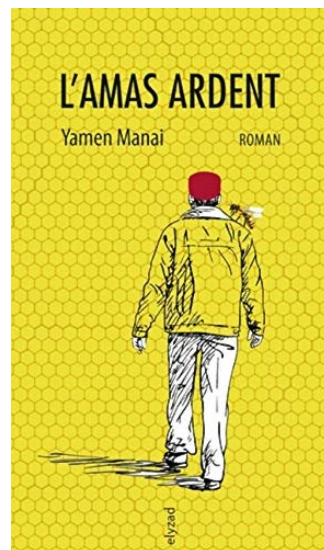
Sinopsis

En un país del norte de África sin mencionar, los más débiles, como siempre, sufren por la avaricia de los poderosos. Los primeros, o más bien «las primeras», las abejas de Don¹, un apicultor que procura darles lo mejor a quienes considera sus hijas. Los segundos, magnates sin escrúpulos capaces de desestabilizar el país y su ecosistema para imponer su ideología y radicalizar a un pueblo pacífico de modo que sea más manipulable.

Con la revolución, la democracia llega y unos pocos se aprovecharán de ella mediante regalos envenenados: ropa, comida y demás enseres a cambio de votos y un cargamento de insectos de otra región que pondrá en jaque las colmenas de Don.

L'amas ardent es una fábula política y ecologista, que nos invita a reflexionar sobre nuestro papel en relación a los otros seres vivos y nos acerca al ideal de la colmena que, frente al individualismo, toma fuerza colectiva y se defiende ante quienes gobiernan desde el miedo y la violencia. En ella, vemos reminiscencias a países como el del autor, Túnez, pero también a otros tantos de la zona e incluso a las opresiones universales.

«Para mí, el mensaje fundamental es el ecológico. Me parece incluso más importante que el mensaje político. El mundo se desmorona a nuestros pies. La cuestión de si judíos y musulmanes pueden vivir juntos y en armonía es, a mi entender, menos candente que la cuestión de la destrucción del planeta. Nos centramos en el señuelo cuando lo más urgente es otra cosa. Fue Paul Valéry quien dijo que la política es el arte de hacer que la gente pierda el interés por lo que realmente le interesa.²»



¹ Juego de palabras entre Don Quijote, en quien se inspiró el autor, y en la palabra «don», que podría referirse al don de sí mismo, a su ofrecimiento, o al don de la naturaleza)

² De la entrevista al autor en L'Orient Littéraire (2020-04 / número 166).

El autor: Yamen Manaï



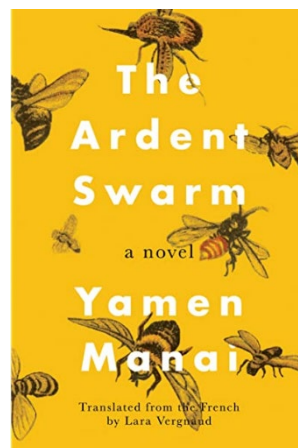
Nacido en 1980 en Túnez, Yamen Manaï es ingeniero y escritor, y trabaja en las nuevas tecnologías de la información. Como sus padres se dedicaban a la enseñanza, desde pequeño tuvo acceso, desde la biblioteca familiar, a la literatura, concretamente a la poesía árabe, que condicionó su escritura.

Con los años, se mudó a París para estudiar Ingeniería, donde descubrió la vida literaria de capital y empezó a escribir en francés.

En sus novelas, intenta que el lector reflexione sobre el mundo en el que se encuentra; así, aborda temas como las dictaduras, el fanatismo religioso o la ecología.

Otras traducciones

Además de la edición francesa, el libro se encuentra de momento traducido al inglés gracias a Lara Vergnaud, quien dio una entrevista al digital Words Without Border³, donde explicó su relación con la traducción y los retos que le supuso enfrentarse a *L'amas ardent*, que Amazon Crossing tituló *The Ardent Swarm*.



³ <https://www.wordswithoutborders.org/dispatches/article/in-conversation-author-yamen-manaï-and-translator-lara-vergnaud-ardent-swar>

Fragmento traducido

0.

El yate de cien metros de eslora zarpó de Cerdeña a primera hora de la mañana. Salvo por la tripulación, que debía mantenerse sobria, todos en el barco estaban de resaca y no había nadie que al despertar no luchara por dar con su ropa interior. El príncipe apartó los cuerpos desnudos, se puso la bata de seda y se abrió paso entre los tacones de aguja y los juguetes sexuales repartidos por la sala. Mientras trastabillaba por aquel caos, los pies se le enredaron en unas braguitas de satén estampadas con cabezas de Mickey Mouse y le vinieron a la mente algunas imágenes de la noche anterior. Se las sacó de la cabeza con una gran sonrisa y retomó su camino hacia el puente. El sol brillaba con intensidad. En cuanto apareció, uno de sus criados lo abordó para darle las gafas de sol, un café y un puro.

El barco surcaba el Mediterráneo como el galeón de un conquistador. En teoría, verían el promontorio de Sidi Bou al despuntar la tarde. Pese a la estampa vacacional, el príncipe viajaba por asuntos de trabajo. Si había atracado en el puerto de Santa Teresa di Gallura, era porque Silvio Cannelloni estaba esperándolo para hablar de negocios.

Lo cierto es que no les faltaban cosas de las que hablar. Ambos eran políticos influyentes, presidentes de poderosos grupos mediáticos y de telecomunicación, así como propietarios de equipos de fútbol europeos de gran prestigio. Entre los puntos que tratarían en la cita, el porvenir de Mamar y el traslado de Thor. Todo había salido según lo previsto, gracias a la legendaria capacidad de Silvio para conseguir que todo el mundo sin excepción se sintiera a gusto con él. «Bendito Silvio», se dijo mientras le escribía un mensaje de texto.

Te has dejado otra vez los calzoncillos

La respuesta no tardó en llegar:

Guárdaselos a Mamar, que seguramente le harán falta.

La noche anterior, en el barco, hablaron en primer lugar del traslado de Thor.

—Empecemos por lo más simple —propuso Silvio.

—¿Por Mamar? —respondió el príncipe fingiendo inocencia.

L'amas ardent
Yamen Manaï

Elías Ortigosa Román
Traductor literario FR/EN/IT > ES

—*Cazzo!* No des más por culo —gruñó Silvio—. No, eso es más complicado. Primero vamos a hablar de fútbol.

—Como quieras —rio el príncipe imitándolo.

El viejo mandatario estaba obsesionado con su juventud, y los trucos que empleaba para conjurarla hacían que su aspecto resultara inverosímil: pelo teñido, cara estirada, labios con bótox, y totalmente embutido en un traje demasiado ajustado. Silvio, la clase internacional.

—El muy animal se quiere ir después de que le prometieras ese salario. Ya no puedo quedarme con él, pero tampoco tengo intención de malvenderlo.

—¿Cuál es tu precio? —repuso el otro con desgana.

En aquel momento, Mino Thor era el futbolista estrella. Un coloso del norte con maneras de vikingo, capaz de patear balones a más de doscientos kilómetros por hora y de pasar literalmente por encima de un rival abatido por el simple placer de humillarlo.

—Sesenta millones de euros en papeles y otros diez por las molestias que me vas a ocasionar. Es un ídolo en Milán. ¡Me van a llover los insultos de los *tifosi* durante meses!

—Decidido entonces.

Después abordaron el futuro de Mamar.

—No estoy de acuerdo —espetó Silvio desde el principio.

—Si hemos conseguido entendernos con los jefes de las tribus, conseguiremos entendernos contigo.

—¿De verdad os lo vais a cargar? —preguntó Silvio.

—No parece que nos quede otra —replicó el príncipe.

—¡Enviadlo al exilio! Fíjate en el Bello: está bien ahí, en Arabia.

—El Bello es un pelele, su vida no vale un pimiento. Mamar sabe demasiado y son muchas las personas que se han beneficiado de su dinero.

—Si muere, los beduinos reclamarán su fortuna. Incautarán su dinero y venderán sus bienes. ¡Este asunto vaciará unos cuantos bolsillos!

—Pero no todos. Tú te quedarás con una parte cuando llegue el momento —completó el príncipe.

Silvio necesitaba desesperadamente el dinero. Tenía varios jueces a los que sobornar y una campaña que financiar para recuperar su inmunidad parlamentaria. El trato le pareció justo.

—Pobre Mamar, me caía bien —dijo Silvio aceptando la situación.

—Como decís vosotros —respondió el príncipe—, no es nada personal. Gajes del oficio.

Silvio afirmó con la cabeza.

El príncipe prosiguió:

—Debemos mantener la misma línea política y mediática en todo el mundo. De Oriente a Occidente, en todos los medios, hay que insistir hasta que cale el mensaje: la única forma de liberar a los beduinos es derrocar a Mamar, el tirano que los persigue. Sobre el terreno, los aliados serán quienes marquen el rumbo.

El italiano silbó impresionado:

—¿Los aliados?

—Desde luego.

El príncipe no añadió nada más, aunque el plan ya estaba más que trazado. Bounty atacaría la fortaleza de Mamar por la costa, Nico dejaría caer armas sobre los beduinos, cada uno tendría un kalash, las balas volarían por doquier, y en ese peligroso escenario, Mamar acabaría llevándose una. O quizás varias. Y algunas en la cabeza.

—Perfecto —concluyó Silvio. Se miró el reloj—. Me encantan los negocios que se despachan rápido. Y ahora, ¡a celebrarlo!

El anciano sacó el teléfono. Una simple llamada y aparecieron en el puertecito un desfile de limusinas y modelos de nariz empolvada, riadas de champán brut y rosado y una asombrosa avalancha de pastillas de todos los colores. Bendito Silvio.

El príncipe exhalaba el humo de su Cohiba¹ frente al horizonte despejado. Y si no hubiese estado realmente despejado, él se habría encargado de despejarlo. No en vano era el príncipe más destacado de una familia real que trabajaba activamente por la hegemonía y el progreso del reino de Qafar. Aquel sentimiento

¹ Los mejores puros cubanos (N. del A.).

de poder le produjo una onda relajante que le recorrió el cuerpo de arriba abajo y propició un largo y sonoro pedo a su paso.

Aunque su tamaño fuera irrisorio y su historia, imprecisa —adjetivos que bien pueden intercambiarse—, las ambiciones de Qafar eran ilimitadas, al igual que sus recursos de gas natural recién descubiertos. Los yacimientos eran tan prolíficos que transformaron para siempre el destino de ese pequeño reino, antaño un tranquilo pueblo de pescadores de perlas.

El poder y la riqueza de Qafar provenían del gas. Además, tampoco era un secreto para nadie que, según las costumbres del reino, cuanto más fragante y sonoro fuera el pedo, mayor clamor recibía de los invitados. De acuerdo con los ancianos (y en el reino de Qafar la palabra de los ancianos era un sinónimo de la verdad), la alianza de su habilidad natural para el pedo y de sus costumbres espartanas, que hacían que posaran el culo hasta en la arena, conseguía que el subsuelo de aquel páramo estuviera repleto de cantidades impresionantes de butano. Hasta el punto que, para no herir la sensibilidad de los conservadores, el primer rey, Abdul Ban Ania, progresista en algunos aspectos, declaró:

—Ya hay bastante gas bajo tierra para que podamos comenzar a sentarnos en sillas.

Entonces se desencadenó una modernización que dejó boquiabierta a la mitad del planeta. Una industria de licuefacción de tecnología punta, rascacielos erigidos en el mar, canales de noticias internacionales de una profesionalidad impactante y varios aeropuertos para una de las compañías aéreas mejor equipadas del mundo.

Las ambiciones traspasaban fronteras y en apenas diez años las inversiones dieron fruto en el extranjero, al igual que su hegemonía sobre los países vecinos más frágiles, lo que las malas lenguas califican de injerencia. ¡Al diablo las malas lenguas!

Desde la bañera de la embarcación, el capitán lo saludó con la mano. El príncipe respondió señalando su reloj.

—Llegaremos en cuatro horas —dijo el capitán.

—¡Perfecto!

Se le abría el apetito...

Pronto aparecería el promontorio de Sidi Bou, donde le esperaban otros negocios. Pronto aquella tierra caería bajo el control del reino.

El príncipe no era el primero en codiciar ese país. Incluso antes de contar con sus fronteras actuales, ya había sido objeto de muchas ambiciones y conquistas. Si bien al principio fue la tierra de tribus bereberes, después se convirtió en refugio de los fenicios, granero de los romanos, botín de los vándalos, puerto de los bizantinos, paraíso de los árabes, anexo de los turcos y colonia de los francos. «Ahora, le toca a Qafar tomar las riendas», se dijo frotándose las manos. Pues si bien la vegetación cada vez menos frecuente y las playas contaminadas de lo que tiempo atrás fuera un remanso de paz ya no son precisamente un sueño, su posición geoestratégica en cambio era muy tentadora: tanto a izquierda como a derecha, había dos inmensas extensiones de hidrocarburos que los poderosos del mundo, sin excepción, tenían en el punto de mira.

Comprar aquel país metro a metro: un capricho que bien podría permitirse económicamente pero que le negaban la constitución y el derecho internacional. Los pueblos deciden sobre sus tierras, según parece. Bien por ellos, pero ¿acaso iba a quedarse de brazos cruzados? No había ciudades inexpugnables ni murallas impenetrables. Además, el contexto no podía serle más favorable.

Y es que, tras décadas de dictadura, ese pueblo había sorprendido al mundo. Se había alzado, había hecho una revolución y pedido la autodeterminación y la democracia. ¡Así se hace! ¿Qué hay más fácil de secuestrar que la democracia? Como casi todo lo que hay bajo el dominio del hombre, la democracia es ante todo una cuestión de dinero, y al Príncipe no le faltaba.

Pronto se celebrarían las primeras elecciones libres y en aquella carrera jugaba con su propio caballo. El jeque, una personalidad del lugar, era un miembro prominente de la cofradía religiosa financiada por el reino, y su partido, el Partido de Dios, que llevaba mucho tiempo en la clandestinidad, era afín a su rigurosa doctrina. La revolución había renovado su imagen: ahora tenía legitimidad política e incluso un público mayor. A la vista de muchos, el Partido de Dios tenía posibilidades de salir vencedor en las urnas y de ver a sus iluminados miembros en el primer gobierno elegido democráticamente en la historia del país.

Para promover su éxito, el príncipe tenía previsto lo necesario. La bodega del yate parecía la de un carguero, colmada a más no poder de cajas de ropa y latas de conserva. Con unos cuantos maletines de billetes verdes, se disponía del arsenal de seducción preciso para ganar los votos de los más necesitados, que no escaseaban en el país.

—Aquí tenéis algo para animar los puestos y para recorrer las regiones del interior. Que la campaña sea en nombre de Dios. Repartid las cajas en nombre de Dios y del Partido de Dios, —le recomendaba al jeque, en aquella velada tan hermosa que se avecinaba.

Las modelos en braguitas de satén a las que Silvio había olvidado empezaron a salir y a flotar una tras otra en la piscina. Pero no eran los únicos parásitos que acompañaban al príncipe. En las cajas apiladas en la bodega del yate había aún más.

Desde siempre, los regalos de los príncipes han estado envenenados.

1.

Nadie ignoraba que Don daría la vida por sus hijas sin dudarlo lo más mínimo. Por amor a ellas, era capaz de todo. ¿Acaso no les había dedicado su vida? ¿No les había fabricado decenas de ciudadelas? ¿No había medido sus fuerzas con un oso de Numidia por el simple hecho de conseguirles las más bellas flores? ¿No había renunciado a príncipes y amores para dedicarse por completo a ellas? Así pues, cuando la noticia de la muerte de algunas en circunstancias poco claras se propagó de boca en boca, la reacción parecía inevitable.

A Don no le gustaba hacer alarde de sus problemas. Era más bien un hombre taciturno, de modo que, si la noticia trascendió a la aldea de Nawa, fue porque aquella mañana el pequeño Béchir había estado correteando por el campo como solía hacer los primeros días de primavera. Mientras se acercaba a las colonias de Don, en la colina más florida, vio a aquel hombre afligido de rodillas ante los cuerpos mutilados de muchas de sus hijas, mientras las otras revoloteaban a su alrededor como consolándolo. El pequeño Béchir no era más que un niño y no sabía mantener la boca cerrada. Así, al cabo de una hora, todo Nawa se había enterado y todo Nawa sufría de indignación, ya que ni a Don ni a sus hijas se les conocía enemigo alguno. Es cierto que se trataba de un personaje

peculiar que de vez en cuando tenía alguna pataleta, pero toda la aldea lo apreciaba y lo tenía en alta estima. El misterio era absoluto.

Aquello no impidió por supuesto que se hablara largo y tendido sobre el asunto y durante todo el día no hubo otro tema de conversación: que si las estaciones se acababan, que si el mundo llegaba a su fin...

—¡Ha pasado en pleno día! —afirmó Bicha, el peluquero.

—Estaban destripadas, cortadas en dos —se lamentaba Douja con Baya, que había llegado para comprar azúcar.

Cuando consultaron la opinión de los ancianos, estos apostaron aún más alto:

—Ahí están, a la vista de todos, las señales de una maldición.

Pero la versión colectiva construida a partir del testimonio del pequeño Béchir era pan para hoy y hambre para mañana. Estaban ansiosos de ver a Don y de escuchar su propia versión y las conclusiones que pudiera haber extraído.

Al atardecer, la luz moribunda esbozó la silueta erguida de Don sobre los muros de Nawa. Avanzó con paso decidido por las callejuelas hasta la terraza del café donde los hombres del pueblo daban caladas a los narguilés y entablaban interminables conversaciones. El silencio que provocó su entrada fue tal que únicamente se oían la brisa a través de las hojas y las polillas chocando sin descanso contra las paredes de las lámparas. Se paró en seco y escrutó por un instante los rostros compasivos de sus vecinos. Después, reemprendió la marcha hacia la mesa donde solía sentarse; las voces lo acompañaban.

—Nos hemos enterado, ¡es espantoso!

—¡Nuestro más sentido pésame!

Don asintió con sobriedad en señal de agradecimiento y se acercó una silla. A su paso, se le unía la gente, y finalmente, una vez instalado, tenía a una multitud frente a él, pendiente de cada una de sus palabras.

—¿Y cómo os habéis enterado?

—El pequeño Béchir.

—El pequeño Béchir, ya veo. Louz, ¿qué haces ahí parado? Un café turco, por favor.

El camarero respondió con voz cantarina:

—Con una pizca de azahar. ¡Enseguida! Pero no cuentes nada hasta que vuelva.

La asamblea contuvo la respiración mientras le colocaba enfrente la taza humeante.

—¿Cuándo ha sido? —le preguntaron.

—Poco antes de las doce —dijo Don.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. Lo que ha ocurrido no viene de un hombre de por aquí ni de un animal de la zona —respondió, disipando así cualquier inquietud y cerrando el tema.

Los campesinos suspiraron. Algunos hablaban del fin del mundo mientras que otros apelaban a la misericordia de Dios. Luego, poco a poco, cada cual volvió a su lugar y se retomaron los juegos de cartas por donde se habían dejado al ritmo del narguilé y de la cháchara sin fin. Así eran las noches en Nawa.

Fragmento original

0.

Le yacht long de cent mètres quitta la Sardaigne tôt le matin. Hormis l'équipage sobre par obligation, toute l'embarcation souffrait d'une gueule de bois et il n'y en eut pas un ou une qui ne peinât à retrouver ses sous-vêtements au réveil. Le prince écarta de lui les corps dénudés, enfila un peignoir en soie et se fraya un chemin entre les talons aiguilles et les jouets à pince. Alors qu'il titubait dans le bazar, il s'emmêla les pieds dans un gros slip satiné frappé de têtes de Mickey et eut quelques flashes de la nuit de la veille. Il s'en défit avec un large sourire et reprit son chemin vers le bridge. Le soleil était franc. À sa vue, un de ses serviteurs se précipita pour lui apporter des lunettes de soleil, un café et un cigare.

Le bateau fendait la Méditerranée telle la nef d'un conquistador. Le rocher de Sidi Bou devrait se profiler en début de soirée. Malgré ce décor de vacances, le prince était en voyage d'affaires. S'il avait stationné la veille au paisible port de Santa Teresa di Gallura, c'est que Silvio Cannelloni l'y attendait pour parler business.

Ce n'étaient pas les sujets de discussions qui leur manquaient. Tous deux étaient politiciens d'influence, présidents de puissants conglomerats de médias et de télécommunications, et aussi propriétaires de prestigieux clubs de football européens. À l'agenda de leur rencontre, le sort de Mamar et le transfert de Thor. Tout s'était passé comme prévu, avec en prime le bonus légendaire de Silvio qui faisait que le ban et l'arrière-ban aimaient traiter avec lui. Sacré Silvio, se dit-il en lui composant un message sur son smartphone :

Tu as encore oublié ton slip

La réponse ne tarda pas :

Garde-le pour Mamar, il risque d'en avoir besoin

La veille, sur le bateau, ils avaient abordé le transfert de Thor en premier.

— Commençons par le plus simple, suggéra Silvio.

— Mamar? répondit le prince, feignant l'innocence.

— *Cazzo ! Arrête de te foutre de moi, grogna Silvio. Non, ça c'est compliqué. On va parler football d'abord.*

— Comme tu veux, rit le prince à ses mimiques.

Le vieux chancelier était obsédé par sa jeunesse et ses artifices pour l'invoquer rendaient sa dégaine improbable : cheveux teints, visage lifté, lèvres botoxées, et le tout emballé dans un costume trop serré. La classe internationale, ce Silvio.

— Avec le salaire que tu lui as promis, l'animal veut partir. Je ne peux plus le garder, mais je ne compte pas le brader non plus.

— Annonce ton prix, répondit l'autre avec décontraction.

Mino Thor était le footballeur vedette du moment. Un colosse venu du Nord aux allures et aux mœurs de viking, capable d'envoyer des ballons à plus de deux cents kilomètres à l'heure et de marcher sur un adversaire à terre rien que pour le plaisir de l'humilier.

— Soixante millions d'euros officiels, et dix pour la peine que tu vas me causer. C'est une idole à Milan, je vais me faire insulter par les tifosi pendant des mois !

— Marché conclu.

Puis ils avaient abordé le sort de Mamar. Je ne suis pas d'accord, lança Silvio d'emblée.

— On a réussi à s'entendre avec les chefs de tribus. On va réussir à s'entendre avec toi aussi.

— Vous allez vraiment le zigouiller ? demanda Silvio.

— Cela semble inévitable, répliqua le prince.

— Envoyez-le en exil ! Regarde le Beau, il est bien, en Arabie.

— Le Beau est un ringard, sa vie ne vaut rien. Mamar sait trop de choses et beaucoup de gens ont profité de son argent.

— S'il meurt, les Bédouins vont réclamer sa fortune. Son argent sera confisqué et ses biens vendus à leur solde. Ça va vider pas mal de poches ici !

— Pas toutes. Tu en garderas une partie au moment des saisies, compléta le prince.

Silvio avait cruellement besoin d'argent. Il avait pas mal de juges à arroser et une élection à financer pour regagner son immunité parlementaire. Le marché lui sembla honnête.

— Pauvre Mamar, il m'était sympathique, s'accommoda Silvio.

— Comme on dit chez vous, appuya le prince, rien de personnel. C'est uniquement les affaires.

Silvio acquiesça de la tête.

Le prince reprit :

— Il nous faut avoir la même ligne politique et médiatique globale. Dans toutes les tribunes, en Orient comme en Occident, il faut marteler ce message : le seul moyen de rendre leur liberté aux Bédouins, c'est de renverser le tyran Mamar qui les persécute. Sur le terrain, ce sont les alliés qui mèneront le bal.

L'Italien émit un sifflement impressionné :

— Les alliés qui mèneront le bal?

— Absolument.

Le prince n'en dit pas plus, même si le plan était déjà échafaudé. Bounty chargerait le fief de Mamar depuis la mer, Nico parachuterait des armes sur la tête des Bédouins, chacun aurait sa kalach, partout les balles gicleraient, et dans l'ambiance hasardeuse, Mamar finirait bien par s'en prendre une. Voire même plusieurs. Certaines dans la tête...

— Parfait, conclut Silvio. Il regarda sa montre. J'aime les affaires qui se règlent vite. Maintenant, on va fêter ça !

Le barbon sortit son téléphone. Un coup de fil et dans le petit port s'ensuivit un défilé de limousines et de mannequins au nez poudré, des flots de champagne brut et de champagne rosé, et une avalanche spectaculaire de pilules multicolores. Sacré Silvio.

Le prince exhalait la fumée de son Cohiba¹ face à l'horizon dégagé. Et quand bien même il n'aurait pas été dégagé, il l'aurait dégagé. Il était le prince le plus en vue d'un parterre de progéniture royale qui œuvrait activement à l'hégémonie et à l'essor du royaume du Qafar! Ce sentiment de puissance fit naître en lui une

¹ La fleur des cigares cubains.

onde relaxante qui parcourut son corps de haut en bas, lui extirpant au passage un long pet sonore.

Même s'il était d'une taille risible et d'une histoire approximative – les adjectifs pouvant aisément s'inverser –, le Qafar nourrissait des ambitions sans limites, à l'image de ses ressources naturelles en gaz récemment découvertes. Les gisements étaient si prolifiques qu'ils bouleversèrent à jamais le destin de ce petit royaume, jadis paisible village de pêcheurs de perles.

C'est du gaz que le Qafar tirait sa puissance et sa fortune. Ce n'était d'ailleurs un secret pour personne et dans les mœurs du royaume il ne fallait surtout pas se gêner, plus le pet était odorant et sonore, plus il obtenait la clameur des convives. Selon les anciens, et au royaume du Qafar la parole des anciens faisait office de vérité, c'était grâce à l'alliance de leur aptitude naturelle pour le pet et de leurs coutumes spartiates, qui les sommaient de s'asseoir le cul à même le sable, que le sous-sol de ce petit patelin désertique fut chargé en quantités hallucinantes de butane. Au point que, pour ne pas froisser les conservateurs, le premier roi Abdul Ban Ania, progressiste sur certains points, avait déclaré :

— Il y a suffisamment de gaz sous terre pour qu'on puisse commencer à s'asseoir sur des chaises.

S'était alors enclenchée une modernisation qui laissa bouche bée la moitié de la planète. Une industrie de liquéfaction à la pointe de la technologie, des gratte-ciel plantés en pleine mer, des chaînes d'information internationales d'un professionnalisme épatant, et des aéroports pour une compagnie aérienne parmi les mieux équipées au monde.

Les ambitions débordaient des frontières et en dix ans à peine, les investissements foisonnaient à l'étranger, de même que l'hégémonie exercée sur les pays voisins les plus fragiles, ce que les mauvaises langues qualifient d'ingérence. Au diable les mauvaises langues !

Depuis le cockpit, le capitaine le salua d'un geste de la main. Le prince répondit en pointant sa montre.

— On y sera dans quatre heures, lança le capitaine.

— Parfait !

Son appétit s'aiguissait...

Bientôt apparaîtrait le rocher de Sidi Bou, où d'autres affaires l'attendaient. Bientôt, cette terre tomberait sous la coupe du royaume.

Le prince n'était pas le premier à convoiter ce pays. Avant même ses frontières actuelles, il attisa les convoitises et fut l'objet de nombreuses conquêtes. À l'origine terre de tribus berbères, il fut tour à tour abri des Phéniciens, grenier des Romains, butin des Vandales, port des Byzantins, paradis des Arabes, annexe des Turcs, colonie des Francs... *Maintenant, c'est au Qafar d'en prendre les commandes*, se dit-il en se frottant les mains. Car si la verdure en voie d'extinction et les plages polluées de ce havre d'antan ont aujourd'hui du mal à faire rêver, sa position géostratégique demeurait alléchante: à droite comme à gauche, deux immenses étendues d'hydrocarbures que les puissants du monde, sans exception, avaient en ligne de mire.

Acheter ce pays mètre carré par mètre carré, voilà un caprice que pourrait lui permettre son argent mais que lui interdisaient la constitution et le droit international. Les peuples s'autodéterminent, paraît-il. Tant mieux pour eux, mais allait-il rester les bras croisés ? Il n'y avait pas de cités imprenables ni de murs infranchissables. De surcroît, le contexte ne pouvait pas lui être plus favorable.

En effet, après des décennies de dictature, ce peuple avait surpris son monde. Il s'était soulevé, avait réalisé la révolution et appelé à l'auto détermination et à la démocratie. À la bonne heure ! Qu'y a-t-il de plus facile à détourner que la démocratie ? Comme la plupart des choses du domaine de l'Homme, la démocratie était avant tout une affaire d'argent, et le prince n'en manquait pas.

Les premières élections libres allaient bientôt se tenir et dans la course au pouvoir, il avait un poulain. Le Cheik, figure locale, était un membre éminent de la confrérie religieuse que finançait le royaume, et son parti, le Parti de Dieu, longtemps clandestin, était affilié à sa doctrine rigoriste. Voilà que la révolution avait redoré son blason, lui donnant une légitimité politique et dopant même son audience. Aux yeux de beau coup, le Parti de Dieu avait des chances de sortir vainqueur des urnes et de voir ses membres illuminés composer le premier gouvernement démocratiquement élu de l'histoire du pays.

Pour sponsoriser sa marche victorieuse, le prince avait prévu ce qu'il fallait. La cale du yacht était chargée comme un navire de marchandises, remplie à ras bord de cartons d'ha bits et de caisses de conserves. Avec quelques malles de billets verts, il y avait l'arsenal de séduction nécessaire pour rafler les voix des misérables, et de misérables le pays ne manquait pas.

— Voilà de quoi animer vos stands et de quoi mener une belle tournée dans l'arrière-pays. Faites campagne au nom de Dieu. Distribuez les cartons au nom de Dieu et du Parti de Dieu, recommanderait-il au Cheik, dans la belle soirée qui s'annonçait.

Les mannequins que Silvio avait oubliés avec son slip satiné commencèrent à sortir et à flotter l'une après l'autre dans la piscine. Mais avec le prince, elles n'étaient pas les seuls insectes. Dans les caisses entassées dans la cale du yacht, il y en avait davantage.

De tout temps, les cadeaux des princes sont empoisonnés.

1.

Nul n'ignorait que le Don aurait donné sa vie pour ses filles, et cela sans la moindre hésitation. Par amour pour elles, il était capable de tout. Ne leur avait-il pas voué son existence, montant pour elles de nombreuses citadelles ? Ne s'était-il pas mesuré à un ours de Numidie juste pour leur offrir les plus belles fleurs ? N'avait-il pas rompu avec les princes et les amours, pour se consacrer entièrement à elles ? Ainsi, quand la nouvelle de la mort de certaines d'entre elles dans des circonstances troubles se propagea de bouche en bouche, une réaction paraissait inévitable.

Le Don n'aimait pas faire étalage de ses problèmes. Il était de nature plutôt taciturne et si la nouvelle se répandit dans le village de Nawa, c'est que ce matin-là, le petit Béchir courait dans les champs comme à son habitude les premiers jours du printemps. En s'approchant des colonies du Don, établies sur la colline la plus fleurie, il aperçut l'homme qui se lamentait à genoux devant les corps mutilés de nombre de ses filles, alors que les autres voltigeaient autour de lui, comme pour le consoler. Le petit Béchir n'était qu'un enfant et ne savait pas tenir sa langue. Du coup, au bout d'une heure, tout Nawa savait et tout Nawa fut indigné, d'autant que personne ne connaissait au Don un ennemi, ni à ses filles. Il est vrai

que c'était un personnage singulier et qu'il pouvait parfois piquer des colères, mais chacun des Nawis l'appréciait et le tenait en haute estime. Le mystère était donc total.

Cela n'empêcha en rien les langues d'épiloguer et la journée entière on ne fit que parler de ça, des saisons qui n'y étaient plus et du monde qui allait à sa fin.

— Ça s'est passé en plein jour ! affirma Bicha le coiffeur.

— Elles étaient éventrées, coupées en deux, déplora Douja auprès de Baya, venue lui acheter du sucre.

Quand on sonda l'avis des anciens, ils surenchérèrent :

— Ce sont là, à l'évidence, les signes d'une malédiction.

Mais la version participative construite à partir du témoignage du petit Béchir n'était que pain de patience. On avait hâte de voir le Don et d'entendre sa propre version et ses probables conclusions.

À la tombée du soir, les lumières mourantes esquisaient la silhouette droite du Don le long des murs. Il remontait les ruelles d'un pas déter miné jusqu'à la terrasse du café où les hommes du village se boursouflaient de narguilés et de conversations sans fin. Le silence que provoqua son entrée fut tel qu'on n'entendit que la brise tra verser les feuilles et les papillons de nuit cogner sans relâche les parois des lampes. Il s'arrêta net et scruta un moment les visages empreints de compassion. Puis il reprit sa marche vers la table où il avait coutume de s'asseoir; les voix l'accompagnaient.

— Nous sommes au courant, c'est abominable !

— Toutes nos condoléances !

Le Don hocha sobrement la tête en guise de reconnaissance et tira une chaise. Il aimantait les gens à son passage, et au final, une fois ins tallé, il y avait foule en face de lui, suspendue à ses lèvres.

— Comment êtes-vous au courant ?

— Le petit Béchir.

— Le petit Béchir, d'accord. Louz, pourquoi tu traînes, un café turc, s'il te plaît.

Le serveur employa sa voix chantante :

— Avec une pointe de fleur d'oranger, tout de suite ! Mais tu ne racontes rien avant que je ne revienne.

L'assemblée retenait son souffle le temps qu'il posât la tasse fumante devant le Don.

— C'est arrivé quand ? lui demanda-t-on.

— Peu avant midi, dit le Don.

— Que s'est-il passé ?

— Je n'en ai pas la moindre idée. Ce qui est arrivé n'est pas le fait d'un homme de ce village ni d'une bête des environs, répondit-il, chassant ainsi les inquiétudes et clôturant le sujet.

Les paysans émirent un soupir. Certains évoquaient la fin du monde tandis que d'autres invoquaient la miséricorde de Dieu, puis, petit à petit, chacun regagna sa place et la scopa reprit au rythme du narguilé et des palabres interminables. Telles étaient les soirées à Nawa.

Datos del traductor

Elías Ortigosa Román

Traductor literario FR / EN / IT > ES

+34 608 957 310

elias.traductor@gmail.com

Foreign rights (agencia Pierre Astier)

Raphaël Thierry

Astier-Pécher Film & Literary Agency - Africa representative

<http://pierreastier.com/>

+33 6 13 55 21 12

e raphael@pierreastier.com

Twitter: @raphthierry